

RAMY WURGAFT

Las cuitas de Hafez Asad y el proceso de paz

Las negociaciones de paz entre Siria e Israel han experimentado continuos altibajos desde su inicio, algo que la mayoría de los expertos atribuye a la influencia del presidente sirio Hafez Asad. Éste se debate entre la necesidad de llegar a un acuerdo con sus vecinos sobre los Altos del Golán en un plazo razonable y las dificultades derivadas de la situación interna de su país, donde su principal prioridad es el mantenimiento del orden baazista y la supervivencia del régimen cuya cabeza ocupa desde hace tres décadas. El supuesto interés estratégico de la meseta en disputa, la cuestión de los refugiados palestinos y el control sirio sobre Líbano son factores importantes en la negociación, pero aún lo es más el dilema que afronta el presidente sirio entre mantener un férreo orden interno o ceder a las pretensiones democratizadoras de Occidente.

Ramy Wurgaft es periodista, corresponsal de *El Mundo* en Jerusalén

Bernard Lewis, una eminencia en investigación sobre Oriente Próximo, entró a dictar una charla en un aula de la Universidad de Tel Aviv. Los organizadores habían olvidado borrar la pizarra, donde aparecía el trabajo que un profesor había encargado a sus alumnos: "Enumere los factores que influyen sobre la postura de Siria hacia Israel". Sin pensarlo dos veces Lewis escribió: "No os rompáis la cabeza: el único factor que influye en ese y en cualquier otro asunto es la voluntad del presidente Hafez Asad".

No es arriesgado suponer que en esta materia la mayoría de los expertos opina de forma unánime, porque si las promociones en el ejército sirio, de alférez para arriba, están sometidas a la aprobación de Hafez Asad, a mayor razón lo son las tácticas que se esgrimen en la mesa de negociaciones. Conviene remitirnos a la descripción que hace el inglés Patrick Seale, biógrafo del presidente, del documento de posiciones que los sirios expusieron en la última rueda de negociaciones con Israel:¹ "los temores y los anhelos de Asad están fundidos no sólo en las cláusulas sino también en la gramática del documento..."

¹ Shepherstown, diciembre 1999.

El proceso de paz de Oriente Medio es un tentador oasis a la vez que un campo sembrado de trampas.

¿Quo vadis Hafez Asad? A ojos del neófito, su conducta no responde a la del hábil estadista, en quien el ex secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger, descubriera “brotes de genialidad”. Desde que se celebró la Conferencia de Paz de Madrid en 1991, Asad se ha retirado y ha vuelto a la mesa de negociaciones ocho veces. Un día exalta el “coraje” del primer ministro israelí Ehud Barak, y al siguiente le tacha de cobarde. Un día los medios oficiales de prensa proclaman que la paz está al alcance de la mano, al siguiente auguran la inminencia de un apocalipsis bélico. Pero atención: bajo los zigzagueos subyace una política rectilínea, derivada de un prolijo orden de prioridades. En todo momento, el objetivo primordial de Asad es la preservación de su régimen, sustentado en el partido Baaz. La continuidad del orden baazista, construido a golpe de talento, de sangre y de intrigas, es la obsesión que le persigue desde que asumió al poder en 1971. Ni la recuperación de los Altos del Golán ni los dólares que Washington pudiera derramar sobre Damasco... nada en el mundo debe alterar ese principio.

Visto desde ese ángulo, el proceso de paz de Oriente Medio es un tentador oasis a la vez que un campo sembrado de trampas. En el terreno económico por ejemplo, no cabe duda que si Hafez Asad se aviniera a estrechar la mano del primer ministro israelí, EE UU y Europa le retribuirían con la inyección de divisas que tanto reclaman las depauperadas arcas de su país. Por otro lado, al abrir la puerta a las inversiones extranjeras es inevitable que se cuele un inventario de ideas desestabilizadoras para el régimen, como el respeto a los derechos humanos, el pluralismo o incluso la democratización de Internet, un ingenuo juguete que puede transformarse en otro agente corrosivo. ¿Cómo obtener la miel de la abeja occidental y evitar el aguijonazo de sus predicamentos sediciosos? He aquí el dilema de la diplomacia siria y el por qué de los bruscos barquinazos que tanto confunden a los observadores.

Las borrascas que últimamente sacuden a la nave baazista se desataron a comienzos de 1999 con la decisión de Hafez Asad de nombrar a su hijo Bashar como a su sucesor. Desde entonces, las escaramuzas entre los partidarios y rivales del flamante delfín se han vuelto el pan de cada día. El primer brote de violencia se produjo hace seis meses y según la revista *ICT Newsletter* (verano de 1999), retrasó en dos semanas la reapertura de las negociaciones con Israel. Otro recrudecimiento sobrevino a mediados de diciembre en coincidencia con la decisión siria de posponer la tercera ronda de negociaciones en la localidad de Shepherstown (EE UU). Y es que Hafez Asad no dispone ni de la salud ni de los hombres de confianza como para sofocar las revueltas y al mismo tiempo adelantar las negociaciones con Israel. De ahí que cuando la situación se pinta de negro, el canciller Faruk A Shara deba partir precipitadamente a Damasco para regresar también de forma intempestiva, una vez reinstaurada la calma. Todo para la perplejidad del observador.

La preservación del orden baazista subordina, pero no suprime, otros objetivos como la restitución de los Altos del Golán. No está de más preguntarse con qué fin se persigue la recuperación del Golán, pues, por extraño que parezca, la altiplanicie no aportaría grandes ventajas a Siria en el plano militar. El Golán constituía una formidable barrera en los tiempos en que los blindados eran el eje de la doctrina ofensiva del ejército israelí. Pero a partir de la guerra de Yom Kip-

pur, los helicópteros Apache desempeñan el papel de punta de lanza. Siria por su parte se ha empeñado en contrarrestar la supremacía israelí en el aire, mediante la edificación de un arsenal de misiles de tipo Scud, capaces de transportar gases tóxicos hasta cualquier ciudad israelí. Las lanzaderas están emplazadas en el norte de Siria y los generales jamás incurrirían en el error de trasladarlas al Golán, ya que ello precipitaría una crisis similar a la que estalló cuando la URSS emplazó los suyos en Cuba, en 1962. Descartada también la importancia que podrían representar los ríos estacionales que atraviesan la meseta —Siria se basta con las aguas del Éufrates— no queda más que el significado simbólico. Pero, inscribir al Golán en esa categoría en ningún caso disminuye su valor. De hecho, sin envolver otro significado que el de un símbolo, el casco histórico de Jerusalén constituye el epicentro del conflicto árabe-israelí. A tenor de esta reflexión, Hafez Asad jamás estamparía su firma sobre un acuerdo que no le restituyera el Golán. Al hacerlo, esculpiría en la roca la humillación que Israel infligió a su país en 1967, al conquistar el altiplano. Por último, existe un precedente que no se puede ignorar. En 1979 Israel cedió toda la península de Sinaí a Egipto, en el marco de un acuerdo de paz. Hafez Asad no se puede conformar con menos de lo que obtuvo el malogrado Anwar Saadat sin sellar su epitafio y el de su dinastía familiar.

Otro de los temas que aflora en las conversaciones es el de los refugiados palestinos. La hipótesis más difundida es que el interés de Hafez Asad por la suerte de aquellos, obedece a un conjunto de razones oscuras o egoístas. Pues bien, este convencionalismo ignora los vericuetos en la personalidad de Asad quien de un lado se siente elegido para redimir a sus hermanos árabes, y por el otro entiende que el panarabismo tal y como lo concibiera Gamal Abdel Naser, entró en coma después de la guerra de los Seis Días y murió en 1990 cuando un conglomerado de países árabes —entre ellos Siria— se unió a EE UU para atacar a Irak. En cuanto a la historia de las relaciones entre Hafez Asad y el liderazgo palestino, buena parte de sus páginas están escritas con sangre. En las postrimerías de la invasión israelí al Líbano (1982) el ejército expedicionario sirio estuvo a punto de acabar con las fuerzas de elite de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) apostadas en Trípoli. Asad quería hacerse con la cabeza de Yaser Arafat para ungir en su lugar a “su propio palestino”: George Habash, jefe del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP). No es de extrañar pues que Asad y Arafat se profesen un odio mortal y que el presidente sirio no mueva un dedo por la causa palestina mientras sea Yaser Arafat quien represente dicha causa. Lo más que se puede esperar es que su brazo derecho, el canciller Faruk A Shara, plantee reivindicaciones que el propio Arafat descartaría por ambiciosas. Por ejemplo, la exigencia de que Israel acoja dentro de sus actuales límites a todos los refugiados palestinos de la guerra del 48, un cometido para el cual sería necesario destruir el 60% de los *kibutz* y no pocas de las ciudades judías.

Otra pregunta que surge a menudo es si acaso al negociar separadamente Arafat y Asad no estarían jugando a las manos de Israel. Esta suposición es en gran medida correcta. Al país que se quede rezagado en el proceso de paz le tocaría negociar frente a un Israel que ya ve disuelto el cerco bélico a su alrededor y que por consiguiente, puede imponer con mayor facilidad sus intereses. Otra razón por la cual a Asad le urge llegar cuanto antes a la meta es su propio estado

de salud. No es un secreto que el *rais* padece de una leucemia de progreso lento pero constante a lo que se suman los rumores acerca de sus lapsos mentales. Los servicios de Inteligencia le han pronosticado entre unos pocos meses hasta dos años de vida. De cualquier manera el presidente no dispondría de mucho tiempo para dejar atados todos los cabos.

En las ruedas de prensa que se celebran dondequiera que se reúnan los negociadores, se repite siempre el mismo ritual: en cuanto surge la inefable pregunta sobre el Líbano los diplomáticos carraspean nerviosamente y cambian de tema. Sin duda que el futuro del pequeño país, sujeto a las veleidades de sus poderosos vecinos, se discute profusamente entre bastidores, a espaldas de los periodistas y de los propios gobernantes del Líbano. Valiéndose del rol de *sheriff* que le otorgan los acuerdos de Taif (1989), Siria ha conseguido establecer su predominio en la casi totalidad del país de los cedros. Un predominio que le permite paliar los devastadores efectos de una cesantía del orden del 25% y de un crecimiento económico casi nulo. Cerca de un millón de ciudadanos sirios trabajan en el vecino país, evitándose así que el paro llegue a convertirse en un elemento desestabilizador. En cada proyecto de envergadura —sobre todo en la restauración de Beirut— los promotores libaneses se ven obligados a asociarse con un contratista sirio (amigo del régimen). En el ámbito de la economía pirata, los mandos de la fuerza expedicionaria siria han amasado grandes fortunas gracias al tráfico del opio que se cultiva en el valle del Beka. Hafez Asad se mostraría menos obsesivo con relación al Golán si sus interlocutores israelíes aceptasen la completa subyugación del Líbano a Damasco. De hecho, el jefe del equipo negociador judío, Uri Saguí, insinuó en una entrevista al diario *Yediot Hajarot* que Israel y EE UU deberían aceptar *de jure* el predominio sirio sobre el Líbano. Pero la opinión que cuenta es la de Ehud Barak. Y el primer ministro se opone vehementemente a la creación de un “Frankenstein sirio” que pudiera destruir todo a su paso. A juicio de quien escribe estas líneas, en la negativa israelí a entregarle al León de Damasco la presa que tanto ansía, estriba el mayor escollo de las negociaciones.

Otro de los factores que ha perjudicado las negociaciones es la visceral animosidad que Hafez Asad le profesa a Israel y que se vio reflejada con toda intensidad en el editorial que publicó el diario oficial *Tishrein* el día 4 de febrero de 2000. En dicha columna, el periodista Hakim Baled caracterizaba a los israelíes como a “unos criminales peores que los nazis”. Valga decir que todo cuanto se publica en las páginas del *Tishrein*, desde los editoriales hasta los avisos publicitarios, pasa por la aprobación del *rais*.

Los tiempos de Clemente Metternich, cuando los diplomáticos se formaban en las mismas academias y frecuentaban los mismos salones, han quedado atrás. Pero incluso en una realidad descarnada como la de Oriente Medio los negociadores son capaces de entablar una plática ligera, intercambiar un chiste, proferir aquella observación ingeniosa que sirve para romper el hielo. El presidente egipcio Anwar Saadat llegó a compartir con su interlocutor, el primer ministro Menajem Beguin, una visión mesiánico-religiosa del papel de ambos como precursores de la paz. Entre el rey Husein e Isaac Rabin existían lazos de amistad mucho antes de que el proceso diplomático entrase en su etapa formal. Lo mismo ocurre

en el cauce palestino-israelí. Aunque parezca insólito, muchos de los ayudantes de Yaser Arafat que estuvieron reclusos en cárceles israelíes (durante la Intifada), terminaron siendo amigos de sus antiguos cancerberos. La amistad entre el actual jefe del servicio secreto palestino, Jibril Rayub y el que fuera su acérrimo enemigo, el jefe del Shin Bet israelí, Yaacov Pery, es un caso ilustrativo. En cambio los engranajes que mueven las negociaciones en el cauce sirio-israel carecen de ese tipo de lubricante. En Asad, *la Esfinge de Damasco*, el profesor Moshé Maoz define al protagonista de su libro como el último de los estadistas árabes (en el entorno inmediato a Israel) que aún alberga la esperanza de que el Estado judío constituya una realidad pasajera. Si Hafez Asad es capaz de rechinar los dientes para enviar a su canciller, Faruk A Shara, a las tertulias que organiza Bill Clinton con Ehud Barak, es porque sabe establecer una distinción entre sus fantasías y la realidad; entre la utopía de una Gran Siria extendida entre el Eúfrates y la Galilea y lo que se puede conseguir en un sistema cuasi-hegemónico en el que EE UU dicta las reglas del juego. Hafez Asad no quiere para sí el papel de paria que interpreta Sadam Husein, ni condenar a su gente a la hambruna como ha hecho el dictador iraquí. Por otro lado, tampoco acepta que el Fondo Monetario Internacional interfiera en la economía siria o que el Senado estadounidense envíe una de sus comisiones para controlar el trato que reciben los presos políticos en las cárceles de Damasco. Más que en zanjar sus pleitos con Israel, para Hafez Asad el proceso de paz consiste en superar el sentimiento de atracción-aversión que le inspira Occidente con su “modernismo” rampante. Entre esos dos polos se extiende la cuerda floja por la que una vez avanza, otra retrocede, Hafez Asad. Bajo sus pies, se abre el abismo.